

# EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12.

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Suscripción.

Un año .....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10 "
Idem atrasado.....	0,16 "

Pago adelantado.



Año VII

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Núm. 313

## VOZ DEL ROMANO PONTIFICE

Á Nuestro Amado Hijo Gregorio María, Cardenal Aguirre y García, Arzobispo de Toledo.

Amado Hijo Nuestro,

Salud y Bendición Apostólica.

La nueva dignidad y distinción que, al encomendarte poco há el gobierno de la Iglesia Toledana, te hemos conferido, es clarísima demostración de lo mucho en que apreciamos tu virtud. Conocido Nos es que para acreditar este cargo, ni te faltan dotes ni buena voluntad, y confiamos en que, siendo verdadero dechado de tu grey, no has de defraudar las esperanzas que de ti he hecho concebir. Mientras tú pensabas y preparabas los medios para restituir á la ufildgia ¡ay, demasiado! Iglesia de España su dignidad antigua, las condiciones de los tiempos actuales, para tí bien conocidas, y el sabio discernimiento que te caracteriza, te han indicado cuáles son los remedios más á propósito para restaurar las costumbres y los auxilios más oportunos para fomentar la gloria divina. Porque no ignoramos el elevado concepto que tú, Amado Hijo Nuestro, y tus hermanos los Obispos de España, teneis de la unidad de acción y de la tendencia unánime de todas las instituciones y fuerzas que, para tutela de la Religión y ayuda, ora espiritual, ora temporal, de las mismas naciones y hasta de cada uno de los individuos, ha sido introducida bajo los auspicios de la Sede Apostólica: Nos referimos á la acción social católica, cuya vasta propagación y robusta vida en todas las diócesis de España desean lo mismo los Prelados que las ovejas encomendadas á su vigilancia, ya que para los tiempos que cada día se agravan, ella es utilísima ayuda.

Nos creemos que tales deseos deben atribuirse á especial designio de Dios misericordioso, y de buen grado los hacemos nuestros. Pues cualquiera que medite sobre las condiciones de la vida social, comprenderá sin trabajo, que todas las cosas humanas, lo mismo las de orden público que las de orden privado, de tal manera han sido agitados y conmovidas por el veneno de los errores, por la fuerza de los prejuicios, por el ardor de las pasiones y por el ciego de todo linaje de placeres, que para la virtud y para la religión apenas hay lugar, apareciendo el presente lleno de peligros, y no pudiendo fijar, sin grave miedo, la vista en lo futuro. Á estas aflicciones que en todas partes agobian á la Iglesia de Cristo han añadido tal incremento las recientes perturbaciones ocurridas en España, y el peligro de nuevas calamidades, que no solamente el catolicismo, sino también, como inevitablemente debía ocurrir, la misma sociedad ha sido puesta en supremo trance.

De todo aquello que pueda suavizar estas asperezas por medio de la Religión, nada omite la Iglesia, antes bien, á este fin contri- buye con cuantas fuerzas tiene. Pero de tal manera ha ordenado Dios la distribución de los dones celestiales, que solamente á los que quieren y corren ayuda con su gracia, y únicamente á los que combaten condece la corona. Demás de esto, cuando los enemigos acometen, como en columna cerrada, sin respetar ningún derecho, no es permitido á los católicos salir á su encuentro aislados y casi íntermes. En los tiempos que alcanzamos hacen falta ánimos audaces y unión de fuerzas. Porque de tal modo éstas se multiplican con la unión que, poderosas para resistir el im- petu de los enemigos, pueden, al fin, inculcar el ánimo de los hombres las enseñanzas recibidas de la Religión, encanar las cos- pules, corregir con la virtud los ánimos abandonados á la lascivia, y someter la so- ciedad civil y la doméstica á Jesucristo, Red- tor, y Señor unico de todas las gentes. aquí, pues, el blanco á donde todos

los cuidados, todos los pensamientos de cuantos fieles hay en España deben apuntar, he aquí el fin al cual han de dirigirse todos los esfuerzos: á procurar que cuanto mayor es la abundancia del mal que presenciamos, mayor sea también la intensidad con que se fomente la acción social católica. Trátase de la Religión y de la sociedad al mismo tiempo, y una y otra deben ser defendidas con el común apoyo de todos los buenos. Los católicos que luchan por la Religión y por la Patria tendrán por jefes á los Prelados y á los iniciadores del combate, para que no falte, tanto entre los Sacerdotes como entre los se- gulares, personas escogidas, insignes por su piedad y por su competencia en promover la acción popular y económica. Pero es nuestra voluntad que tú mismo en persona, Amado Hijo Nuestro, á cuya conocida laboriosidad encargamos el gobierno y dirección de esa acción social en toda la nobilísima nación española, seas quien encamines los deseos y esfuerzos de todos.

La solicitud y diligencia que te distingue, nos veda absolutamente estimular tu celo con nuestras exhortaciones. Esperamos confiados que, con el divino auxilio, has de tomar sobre tí, sin desmayos y con gran provecho, la de- fensa de la Religión y de la sociedad. Séanos lícito únicamente recordar una cosa que importa mucho: la acción social de los católicos no reportará las utilidades apetecidas, si los que trabajan por el bien común no tienen, según es su obligación, un mismo pensar, un mismo querer, un mismo obrar; pues mien- tras con la concordia adquieren vigor y se desarrollan las asociaciones, es forzoso que, si la discordia prevalece, como rendidas á su propia pesadumbre, se vengán á tierra y perezcan. Ahora bien, esta conspiración de voluntades y esta uniformidad en el obrar no podrán ser duraderas, si las asociaciones de los católicos no están de tal forma orde- nadas que tengan por norma de su conducta todas las disposiciones que en varias ocasiones han emanado de la Sede Apostólica.

Por lo cual deseamos que se cuide tam- bién de que no se infiltren lentamente en la inteligencia de los socios doctrinas nuevas y peregrinas, por no decir ajenas á la ense- ñanza de la Iglesia. No raras veces ha ocu- rrido que la pasión de novedades ha infun- cionado á muchos, aun entre el clero, dando en tierra con su obra.

Observando en la práctica estas adver- tencias con fidelidad y constancia, no hay du- da que, obedeciendo todos á una misma fuer- za principal que todo lo dirija, la acción so- cial de los católicos españoles, fomentada por la completa unanimidad de aspiraciones y robustecida por la obediencia debida á la au- toridad eclesiástica, florecerá grandemente y brillará más cada día por la gloria de sus hechos.

Con insistencia suplicamos á Dios, dador de todo bien, que estas cosas se lleven á la práctica. Entre tanto, deseando manifestaros los sentimientos de Nuestro amor, lleno de paternal caridad hacia los santísimos hi- jos de la católica España, especialmente á los pastores y á los miembros de las asociaciones populares, promovidas por la obra nefasta de los enemigos de la religión y de la so- ciedad como augurio de consuelo y alegría os damos, á tí, Amado Hijo Nuestro, y al Clero y á todo el pueblo encomendado á tu vigilan- cia y cuidado, Nuestra Apostólica Bendición. Dado en Roma, junto á San Pedro, el día 16 de Octubre de 1909, año séptimo de Nues- tre Pontificado.

Pío PP. X.

Los justos elogios que hace el Romano Pontífice de nuestro querido Prelado nos re- lvan de poner de manifiesto lo acertado del nombramiento.

La gran fuerza de la acción social cató- lica se resienta de dirección acertada: ya la tiene, y los notables documentos publicados en el Boletín Eclesiástico de nuestra Arch-

diócesis son buena prueba del incansable celo del Sr. Cardenal Aguirre y del entusiasmo que tiene por la acción social, indicadores del gran incremento que en breve tomará en España bajo la segura dirección del Prímado de las Españas.

## RAZÓN Y FE

Si siguiendo la observación atenta de la vida y de los agentes creados, es fácil convencerse de que la unión entre la causa y su efecto, entre la acción y su término, entre la vida y su fruto, es tanto más íntima, tanto más una, por decirlo así, cuanto mayor es la perfección del acto, de la vida y del agente.

Los seres inferiores de la escala natural, esos que se llaman inorgánicos ó minerales, obran ciertamente; pero el efecto y término de sus actos no queda en ellos mismos, sino que pasa á otras sustancias más ó menos distantes; y siempre distintas ó diferentes del agente.

La atracción de una molécula recae sobre otra molécula; la atracción de un cuerpo recae sobre otro cuerpo; la atracción de un astro recae sobre otro astro. Los cuerpos, con sus vibraciones, producen el sonido y sus melodiosas armonías; pero no en ellos ni para ellos, sino en el oído y para el oído de las naturalezas sensibles; quedan tan lejos de su maravilloso efecto, como la materia inerte de las potencias sensitivas.

La luz tiene en sí misma el principio de los colores, ese rico manantial de finisimas y variadas tintas, donde parece mojan sus pin- celines, la naturaleza para sus campos, y el arte para sus lienzos; pero el término de ese principio, el efecto de esa virtud, la realidad actual de todas las bellezas y hermosuras del colorido, ni queda en la luz ni es para la luz, está en la vista y es para la vista de los seres animados.

En los vivientes ya es más íntima la unión entre el acto y su objeto, entre la fuerza y su resultado, como veremos en el número siguiente.

(Continuará.)

## PENSAMIENTO

Cuanto más grande y apetecible es el don de causar con los escritos impresión profunda en los ánimos de las muchedumbres, mayor es el crimen que se comete abusando de esta divina precosísima del cielo.

Los malhechores de la pluma, asesinos de las almas, causan más daño que los malhechores del puñal ó del revolver, que sólo pueden quitar la vida de los cuerpos.

Menos culpables que ellos son muchos de los condenados á vil garrote ó á cadena perpetua. Por mano de verdugo debieran ser cortadas las de algunos escritores para que otros se retrajesen de atentar cobardes y traidoramente contra la salud espiritual de sus prójimos.

Obispo de Jaca.

## ¿AHÍ QUEDA ESO?

Germinaban pomposamente las flores y, acariciadas por tibio calor, habían trepado hasta el borde del volcán.

Poéticos publicicillos se acomodaron en las onduladas laderas, sin sospechar la existencia del monstruo subterráneo, alegres de vivir á la sombra de vigorosas higueras y de saborear dulces vinos.

Pero un día el monstruo lanzó un rugido, entreabrió sus labios, y dejó escapar ríos de incandescente lava.

Las desgracias de entonces no las olvidaré pronto los pueblos reconstruidos en las fal- das del Vesubio.

Hace poco se agitó también el monstruo de la Revolución, y España entera estuvo por un momento expuesta á ser objeto de sus furiosas.

Los que estaban más cerca del cráter

volcánico, sufrieron daños que llorarán largo tiempo.

El volcán parecía apagado, pero sola- mente estaba dormido.

Disfrutáhamos, en apariencia, de paz octaviana.

Una guerra necesaria vino entonces á enlutar muchos hogares.

Con pretexto de la guerra hijos infames quisieron desgarrar con intestinas discordias las entrañas de la madre Patria.

¿De donde salieron esos hijos de la Re- volución?

¿Fueron reclutados entre las filas católicas?

¿Habían sido educados en las escuelas cristianas, reducidos á cenizas en aquellos días de horrible recordación?

¿Salieron de las semi-oscursas soledades de los templos?

No.

Eran adeptos del socialismo, adoradores de la república, genizaros del anarquismo.

Y estas generaciones conscientes, ¿dónde aprendieron á blasfemar? ¿á no respetar ni edificios, ni vidas, ni honras?

Lo sabemos todos; en escuelas donde no se creó, ni se ora, ni se ama.

En escuelas que se llaman laicas, pero que son ábeas, impléas, anarquistas, kátipat- rísticas.

Á raíz de los tristes sucesos, esas escuelas fueron clausuradas, y todos los buenos aplaudieron.

Al fin, decíamos, el buen sentido se ha impuesto.

Nuevos hombres con nuevas ideas escalón el poder. Por un momento pensamos que, teniendo en cuenta la opinión de las gentes honradas, perseverarían en la misma libe- d de conducta.

Tratándose de un Gobierno oficialmente católico, era de esperar que atendiese á las respetuosas observaciones de los Prelados.

¿Vana ilusión!

La Autoridad de la Iglesia vale menos que la de cualquier Ministro ó la de cual- quier Consejo de Instrucción pública. La opinión del pueblo no tiene ya fuerza... hasta que se la invoque para promover una crisis.

El Gobierno, según dice la prensa, permi- tirá la reapertura de las escuelas laicas.

¿Padecen, por ventura, de miopía los hom- bres que nos rigen?

¿Tan pronto han olvidado los sucesos que á todos arrancaron gritos de indignación?

Aman á la patria, ¿y van á permitir que se abran escuelas que enseñan á odiarla?

Quiéren el orden y piensan que va á na- cer el orden sembrando anarquía?

Una triste experiencia lo dice: el domador que para someter á las fieras al imperio de su voluntad, confía únicamente en el fuego de su mirada magnetizadora, acaba por pe- rocer entre los dientes de esas mismas fieras. La fiera revolucionaria no se deja hipnoti- zar!

El que la acaricia, es siempre devorado.

¡Ojalá el Gobierno!

Lo que ocurre es que cuesta trabajo des- plegar energía, sobre todo cuando se tiene en frente enemigos temerarios; mas por algo los altos puestos de la nación se aceptan libremente.

El Gobierno comienza á desenvolver su programa, y comienza cediendo, cediendo ante la fiera.

Aguardemos á que lleve á cabo su obra. Entonces, ya podrá retirarse á descansar sobre sus laureles.

Y al despedirse, podrá decir con burlesca gravedad: ¿Ahí queda eso.

¿Habrá quien se preste á recoger la he- rencia?

Benjamín.